

Inauguración curso Facultad 2011-2012

Fausto Miguélez - 20 de octubre de 2011

Autoridades, amigos, colegas...

Es para mi un honor participar en esta conferencia de inauguración de curso "a dos manos" que, si presenta contradicciones seguramente serán resolubles con el fin de sacar alguna enseñanza útil sobre el pasado y el presente.

Creo que esta inauguración de curso, la de los 25 años, debería tener una doble función: debería permitirnos mirar hacia atrás con el fin de tomar un nuevo impulso para proyectarnos hacia el futuro. Me refiero, básicamente a la docencia-investigación y al aprendizaje. Las tres cosas son necesarias, porque el momento histórico y el próximo futuro son problemáticos para la sociedad como la conocemos y para la Universidad, sobre todo en la formación de los jóvenes que quieren incorporarse a vivir sus vidas profesionales. Sobre todo es un momento delicado para la cohesión social basada en unos estándares de bienestar que han sido la razón del mantenimiento de nuestro sistema social, económico y político, y que en buena parte se sustentan sobre el empleo. Pueden verse amenazadas, en manera especial, las nuevas generaciones que pueden tener dificultades graves para incorporarse en manera adecuada al trabajo y con ello correr el riesgo de exclusión social. Por tanto se trata de un momento sobre lo que quienes nos dedicamos a la sociología y a la ciencia política tenemos la obligación de reflexionar críticamente y contribuir a buscar soluciones.

El prof. Botella ha mirado hacia nuestros orígenes, a mi me toca referirme al presente y a los previsibles escenarios del futuro.

EL PRESENTE

Dos palabras definen nuestro presente -que ya dura unos años- crisis y reforma universitaria. La crisis no requiere mucha explicación, porque la estamos viendo cada día. Pero quisiera recordar que crisis y crítica tienen la misma raíz etimológica (del griego *krisis* y *kritiké*). De manera que el Diccionario de la Real Academia define la crisis como "Mutación importante en el desarrollo de ciertos procesos" y, complementariamente, "Juicio que se hace de una cosa después de haberla examinado cuidadosamente", y define la crítica como "Juzgar las cosas, fundándose en los principios de la ciencia o en las reglas del arte". No nosotros, sino los clásicos de nuestras disciplinas, señalaban que nuestra forma de abordar las cosas tenía que ser analítica, es decir, crítica (recordemos la definición apenas leída). Con otras palabras, ello quiere decir, que nosotros somos profesionales de no dar nada por descontado, por obvio, por natural. Tampoco respecto a esta crisis que no ha llovido del cielo, tiene causas y responsabilidades, que deben ser tenidas en cuenta, si pretendemos superarla. Nosotros podemos jugar un papel explicándola.

Podemos dedicarnos a enseñar y tenemos que ser críticos, a investigar y debemos serlo, a gestionar y esa debe ser una de nuestras competencias básicas, a coordinar, a colaborar, a participar y nunca deberíamos abandonar esa actitud. Sencillamente, porque esa actitud no se basa en querer meter el dedo en el ojo a nadie, sino en "juzgar las cosas fundándose en los principios de la ciencia". Así mejorará la formación de nuestros alumnos, nuestro trabajo profesional (en la investigación, la administración, las políticas sociales, las empresas o el tercer sector) y con ello contribuiremos a mejorar el bienestar de nuestros conciudadanos. Algo eminentemente práctico.

En la crisis actual la universidad no es la que más pierde, aunque algunos de nuestros colegas hayan perdido su empleo. En la sociedad y para muchísimas personas esta crisis está teniendo peores consecuencias. Pero la enseñanza es una LINEA ROJA porque nos jugamos el futuro. No quiero simplificar, pero nosotros somos la segunda línea roja después de la sanidad, pero además somos un motor para salir de la crisis justamente. Puede verse amenazada la calidad de la enseñanza, por ello estamos obligados, más que otros, a desvelar que consecuencias no previstas ¿o quizá previstas? hay detrás de traspasar ciertas líneas rojas y a pelear para que no sea así, sin que ello signifique que no se nos pueda pedir más esfuerzo que en el pasado para superar este momento. Pero esta crisis nos ha pillado en medio de una reforma de los estudios que requiere más recursos que en el pasado lo que nos obliga a defender la universidad como un instrumento adecuado, que lo es, no sólo para superar la crisis, sino también para consolidar el bienestar en nuestro país.

Todo esto me lleva al segundo eje de este presente que quiero considerar: la reforma universitaria, es decir, el crecimiento de la Institución universitaria, los cambios de los planes de estudios, la mayor exigencia de participación, Bologna como exponente de todo ello. Esta reforma está teniendo puntos fuertes y puntos débiles sobre los que conviene reflexionar.

El principal aspecto positivo es que en los últimos años la Universidad y la Facultad, están apostando mucho más a fondo por incrementar la profesionalización de nuestros estudiantes. Pero una profesionalización que tiene claramente tres caras: una analítica (nuestra capacidad para analizar las situaciones y captar la complejidad de los fenómenos con la mirada crítica a la que me refería), otra técnica (dotar a los estudiantes de una serie de conocimientos, instrumentos, recursos) y la tercera de actitudes (saber cómo actuar ante sí mismos y los demás); todo ello les permitirá, con mejores resultados, impulsar o colaborar en la gestión de lo público y en proyectos sea de análisis que de aplicación a la convivencia ciudadana. Es un equilibrio adecuado entre la ciencia, las técnicas y las actitudes humanas, que es nuestra obligación mantener, sin descuidar, por tanto, ninguno de dichos aspectos. Desde este punto de vista sabemos, quizá cada vez mejor, qué tipo de estudiante queremos que salga de la facultad, al menos en teoría; pero no estoy seguro de que todos los profesores estemos suficientemente preparados para ello, a menos que hagamos un esfuerzo que muchos, en particular los jóvenes, están haciendo con generosidad. Posiblemente esta exigencia de esfuerzo suplementario nos ha pillado en el peor momento posible: en el momento en que resulta difícil incentivar sea con más tiempo, más recursos, más

reconocimiento. ¿Qué hacer ante este reto? No hay receta mágica, pero si señalar que aunque hay un plus que la sociedad tiene derecho a exigirnos, este no puede derivar en bajada de la calidad por no tener capacidad material para dedicarnos lo que sería necesario a los estudiantes. Y aquí me refiero tanto a profesorado como a PAS. No quiero hacer comparaciones simplistas con la profesión médica, pero si la sanidad es la primera prioridad la enseñanza es la segunda, sin ningún género de duda, en la garantía del bienestar básico. Esta es la línea roja que no podemos traspasar. Sin dejar de lado la faceta de solidaridad con compañeros/as que puedan estar más particularmente dañados por los recortes y que es mi obligación señalar desde esta mesa.

Pero la implementación de la reforma puede estar teniendo puntos débiles. Dicha debilidad está en las metodologías, en las formas de actuar, más bien en el mantenimiento de ciertas rutinas poco críticas o en la aceptación de otras ni críticas ni eficaces, que condicionan mucho el trabajo y los resultados o en el mantenimiento de enfoques corporativistas. Aquí voy ir más al detalle. (1) En primer lugar los nuevos planes nos han llevado a una hiper-especialización, refugiándose cada uno en su área científica, a veces en su asignatura, y cortando puentes que existían entre ellas; olvidando, de esta manera, que la sociedad nos necesita especializados y globales al mismo tiempo, porque el futuro es del trabajo en equipo, que coordina especialidades sin olvidar la visión global; y mal podremos formar equipos si no nos conocemos a priori, es decir, si no hemos tendido puentes con las áreas cercanas. Las posibilidades de esta interconexión que ofrece una Universidad de campos son hoy menos que hace 10 años. (2) En segundo lugar a veces hemos confundido los formularios con la realidad. Este verano he encontrado un viejo amigo, profesor en Universidad alemana y hemos hablado de Bologna y de su puesta en marcha ... y también de las competencias. Ello me ha llevado a hablar de las guías docentes y de las barrocas exigencias de las mismas, en un extenso formulario, como si se tratara de un contrato con letra grande y letra pequeña. Me iba mirando asombrado e incrédulo hasta que dijo: "yo creo que un buen profesor, en sus explicaciones y en su relación con los alumnos debe transmitir todas esas competencias, aunque no lo haya explicitado solemnemente antes, ¿si no para qué sirve su enseñanza?". De manera que con toda la importancia que tienen las competencias en la formación, quizá estamos dedicando demasiado esfuerzo a estos aspectos formales tanto en el caso mencionado como en otros, donde la supuesta necesidad de resultados cuantificables y jerarquizables se puede imponer a los resultados educativos que son formar a personas en conocimientos, instrumentos y actitudes para enfrentarse a su profesión y a su vida. Por ejemplo, el formato que se nos exige de "guías docentes" quizá es un esfuerzo que deberíamos dedicar a otras cosas, porque no se si muchos estudiantes se miran este supuesto "contrato" en todo su detalle. (3) Y por último, aunque seguramente hay muchos otros aspectos, en la reforma de Bologna ponemos en el centro de la atención a dos colectivos, profesores y estudiantes y bastante menos al tercero, el PAS. ¿No han cambiado para nada sus funciones y su dedicación? Creo que sí. ¿No deberíamos prestar más atención a las nuevas necesidades que tienen para cubrir los nuevos objetivos que tenemos todos? ¿A formación y reconocimiento que deberían recibir?. También creo que sí.

EL POSIBLE FUTURO

En nuestra profesión no conviene hacer de profetas y no lo haré. Pero si voy a referirme a una situación, que muchísimos señalan como altamente probable de la cual inferir posibles riesgos que no sólo deberemos enfrentar en su caso, sino que deberíamos contribuir a alejar. La situación altamente probable es que esta crisis será larga y que puede ser tan profunda como para remover algunos de los supuestos del bienestar, la cohesión social y las formas de vida de los países ricos. Si partimos de este supuesto, creo que se dibujan riesgos que deberíamos tener en cuenta en nuestra forma de actuar en la Universidad.

1.El primer riesgo es el deterioro del estado del bienestar para muchos, para bastantes en manera perpetua: menos trabajo, menos ingresos, menos seguridades, menos servicios públicos garantizados. Esto significa el incremento de las desigualdades y de los riesgos de exclusión futuros. Nuestra obligación es estudiar a fondo estos cambios, tanto en investigaciones formales como en reflexión diaria, en colaboración con los estudiantes, por tanto transmitidos en la docencia. Evidentemente que los países ricos tenemos un concepto de bienestar de enorme derroche (*malbaratament*) de dinero, de materiales, de tiempo... que tiende a ser materialista. No es culpa de nosotros como individuos, en primer lugar, sino de estructuras económicas que deben ser reguladas y controladas, y de estructuras educativas que deben ser más sensibles hacia una moderación creadora. No sólo hay espacio para mayor moderación, sino que debiera hacerse. Pero en forma equilibrada, de manera que ello no toque aspectos esenciales para quienes ya están al límite. Bienestar, moderación, recursos, equidad, formas de trabajar, beneficio, relaciones laborales son algunos de los conceptos que tendremos que revisar para reconstruir visiones más ajustadas a la realidad, con instrumentos más adecuados y actitudes hacia lo público y hacia los recursos mucho más equilibradas y justas. No sólo lo haremos nosotros, pero nosotros tenemos una obligación especial de ir por ese camino en la investigación, la docencia (lo que implica a todos), la organización de nuestras actividades.

2.El segundo riesgo es el deterioro de la política porque no está respondiendo a las expectativas legítimas de la gente. Los indignados, los que se abstienen, los que votan en blanco, menos afiliación a partidos y sindicatos, mala reputación (aunque probablemente no siempre justificada) de quienes se dedican a la política. Todo ello constituye un panorama de riesgo de que se quiebre un sistema de equilibrio de intereses que, aunque imperfecto, parecía lo mejor que habíamos encontrado hasta ahora. Estamos obligados a revisar –reforzando o cambiando- conceptos como participación ciudadana y participación política, sindicato y partido, formas electorales, formas de gestión de lo público, control de los representantes, verificación de resultados y un largo etc.. En este caso el resultado debe ser una forma de gestionar la cosa pública que garantice la máxima participación de todos y el máximo éxito en redistribuir nuestros recursos y que evite tanto el aprovechamiento de unos pocos como la exclusión de otros. Tampoco aquí se trata de una tarea exclusivamente nuestra, pero en esta Facultad tenemos una especial responsabilidad, si queremos responderé a lo que significa crítica: “Juzgar las cosas, fundándose en los principios de la ciencia o en las reglas del arte”

3. Por último, todo esto puede llevar a un incremento de la conflictividad, sea manifiesta, donde existen instrumentos legalizados y legitimados, sea latente, en la que los instrumentos pueden no estar legalizados pero podrían responder a la legítima aspiración de la gente. Fijémonos en quienes y en qué circunstancias están hoy ocupando viviendas y en la normativa de funcionamiento de las hipotecas que puede haber detrás. Conflicto y cohesión, relaciones políticas y sociales, estructura del poder, instrumentos de defensa de los derechos, sea colectivos que individuales, son conceptos que tenemos que discutir y tratar de entender en una situación de elevado riesgo de incremento de la desigualdad y el deterioro y de amenaza de la exclusión. No podemos contentarnos con visiones y teorías pasadas sin revisarlas con el fin de llegar a entender mejor cómo resolver los conflictos que necesariamente se van a dar cuando alguien (o algún colectivo) cree que le están exigiendo más que a los demás y le están dando menos.

En resumen nosotros tenemos una profesión que descansa poco sobre manuales y, cuando estos existen, siempre deben ser temporales. Vale para los profesores/as. También para los estudiantes que no pueden pensar que los apuntes que les pasa otro, quizá de otro curso, los materiales que dispensa **el rincón del vago** resuelven las exigencias de la formación. También para los gestores, a todos los niveles, que deben entender que tienen que ir pensando en instrumentos y rutinas siempre nuevos.

Desagraciadamente no podemos dormirnos en los laureles. Hoy menos que nunca. Pero tenemos el incentivo de buscar lo nuevo, lo que se adecue a las nuevas situaciones. Hoy más que nunca. En tal sentido deseo, y deseamos, que el nuevo curso sea un éxito, porque además de en crisis sea un curso crítico a fondo, en el significado que he explicado que tiene la crítica.